

Saharahuis, paganos de la geoestrategia

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

El viernes 18 de marzo por la tarde Marruecos revelaba la carta enviada por Pedro Sánchez al rey Mohamed VI anunciando que España apostaba por la propuesta del reino alauí de convertir el Sáhara Occidental en una autonomía. Propuesta presentada por Rabat en 2007 al entonces secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, Ban Ki-moon. De esta manera la Moncloa daba un giro inesperado a la tradicional política exterior española respecto de este contencioso, alejándose así de las diferentes resoluciones de la ONU, basadas en la celebración de un referéndum de autodeterminación pactado por ambas partes. Lo curioso es que, en una materia tan sensible, el presidente Sánchez lo ha hecho sin contar con sus socios de gobierno (Unidas Podemos), ni con los grupos de la oposición. Menos aún con el Frente Polisario, cuyo líder, Brahim Gali, fue atendido de covid en un hospital de Logroño, generando un malestar tal en Marruecos que se saldó con una crisis migratoria en la frontera de Ceuta y la retirada de su embajadora en Madrid, quien vuelve nuevamente a su puesto. Y es que la misiva de Sánchez ha sido celebrada en el país vecino como un enorme triunfo en sus ansias expansionistas.

En este sentido, llama mucho la atención el momento en que se ha producido este bandazo en la diplomacia española. En medio de la guerra de Ucrania y cuando internacionalmente hay un rechazo generalizado a la anexión de regiones mediante la fuerza. Pues bien, por muy contradictorio que parezca, la nueva postura del ejecutivo no hace sino avalar este procedimiento. El 6 de noviembre de 1975, estando Franco agonizando, unos 300.000 marroquíes cruzaron la línea fronteriza del Sáhara animados por Hassán II, quien, en una arenga en los medios de comunicación, les explicaba cómo esa provincia española era, en realidad, marroquí; cómo esa arena que habrían de pisar les pertenecía. Sabía perfectamente que el ejército español no se atrevería a disparar contra la multitud. Sobre todo, si tenemos en cuenta que el plan, en última instancia, estaba avalado por los Estados Unidos. Siendo Marruecos el gran aliado de Washington en el noroeste de África, una forma de apuntalar su alianza era apoyando la incorporación del Sáhara, un área geoestratégica importante no sólo por sus riquezas, sino también por su posición geográfica. Con semejante presión y, tras la muerte del dictador, las autoridades españolas se retiraron en febrero de 1976, proclamándose inmediatamente la República Árabe Saharaui Democrática (27 de febrero), hoy en día reconocida por 84 estados de todo el mundo.

Entonces, la pregunta es: ¿por qué ahora? La clave está de nuevo en EEUU. La vicesecretaria de Estado, Wendy Sherman, visitó Madrid el pasado 7 de marzo, entrevistándose con el ministro de Asuntos Exteriores, José Manuel Albares. Según la nota de prensa del Ministerio, en esta reunión abordaron la crisis de Ucrania, la celebración de la próxima cumbre de la OTAN en Madrid y las relaciones bilaterales entre ambas naciones. Nada se dice del Sáhara, cuando hoy sabemos que Sherman reiteró el apoyo estadounidense al plan de autonomía para el Sáhara Occidental, de acuerdo con los intereses de Marruecos y, por cierto, antes de reunirse con su homólogo marroquí en Rabat. Pues bien, esta entrevista es clave para entender la epístola de Sánchez y la pirueta diplomática a la que estamos asistiendo. Incluso, explica perfectamente por qué Joe Biden no ha cambiado su postura en este tema respecto de Donald Trump, quien, en diciembre de 2020, perdidas las elecciones presidenciales y en

tiempo de descuento en la Casa Blanca, reconoció la soberanía de Marruecos sobre el Sáhara a cambio de que Rabat normalizara sus relaciones diplomáticas con Israel.

En un tablero mundial agitado por la guerra de Ucrania y en un contexto de confrontación máxima entre EEUU y Rusia, el Sáhara se ha convertido en una pieza relevante del mismo y los saharauis en sus grandes paganos. Esta vez el enfrentamiento se centra en el norte de África, entre Marruecos, amigo de EEUU, y Argelia, de Rusia. Por lo que se deduce de la política exterior estadounidense en la zona, España no tiene otro remedio que decantarse por Marruecos, para lo cual debe tragar con la cuestión del Sáhara a cambio de garantizarse no sólo el estatus español de Ceuta y Melilla (¿pero cesarán efectivamente las reivindicaciones de estas ciudades?), sino también el control del flujo migratorio a nuestras costas, constituido como un medio de coacción continuo por las autoridades marroquíes. Es verdad que Argelia es uno de los principales suministradores de gas de España; sin embargo, cuesta creer que vaya a cortar el grifo y renunciar a tales beneficios. Unos beneficios que pueden incrementarse todavía más, tanto por el contexto existente como por los posibles recargos que pueda aplicar a las exportaciones a España. Argel ya ha llamado a consultas a su embajador, prueba del malestar existente. Es difícil saber hasta qué punto la república norteafricana estará dispuesta a romper la baraja por los saharauis. Yo me temo que no lo hará, de suerte que seguirán siendo unos perdedores de la geopolítica internacional.

20 de marzo de 2022

Publicado en *El Diario Vasco*, 23 de marzo de 2022, p. 20